

# Personajes de la historia italo-española. El Duque de Nocera Francesco Carafa y Baltasar Gracián. I\*

BENEDETTO CROCE

Me complace volver a resaltar, cuando se me presenta la ocasión, personajes y acontecimientos de una época de nuestra historia, el siglo XVII, cuyos ideales políticos, morales y religiosos han sido generalmente juzgados y medidos por otros ajenos y anacrónicos, dando así pretexto para el menosprecio y la sátira y no para el estudio histórico. Cualesquiera que fueran, conviene tratarlos bajo un aspecto más positivo, entender sus orígenes y sus funciones en el desarrollo de la sociedad civil, y aceptar, por consiguiente, a los hombres de aquel tiempo comprendiéndolos en la realidad de sus acciones y pasiones.

El napolitano duque de Nocera, Francesco Carafa (1579-1642), construyó su vida de acuerdo con un ideal que, si bien no era el único en aquel tiempo ni el que hoy más se acerca a nuestros corazones, dominaba ciertamente en la Italia española y con distinto grado de aceptación en otros lugares: el ideal de la Monarquía española, la más grande que entonces había en el mundo, pues sus dominios se extendían por los dos hemisferios, poderosa en la guerra, resplandeciente de gloria caballeresca, sostén y baluarte de la religión católica, destinada a unificar y a dirigir el mundo entero. Por esta razón, el gran rey de España no aparecía como extranjero en ninguna parte de la Europa católica; ni lo era política ni jurídicamente en el reino de Nápoles, que le pertenecía por

---

\* Primera parte de «Personaggi della storia italo-spagnuola. Il duca di Nocera Francesco Carafa e Baltasar Gracián», en *Aneddoti di varia letteratura* <sup>2</sup>, Laterza, Bari, 1953, Vol. II, pp. 136-59. La primera impresión de este artículo se halla en *La Critica*, Bari, 1937, 20 de mayo, pp. 219-235.

derecho de sucesión y de reconquista como descendiente de los soberanos napolitanos de la casa de Aragón. La familia napolitana de los Carafa <sup>1</sup> se jactaba de su antigua, constante y activa fidelidad a los reyes aragoneses, así como de los muchos servicios prestados a los reyes de España; a una rama de éstos, la que adquirió en el siglo XVI el condado de Soriano y el ducado de Nocera y que había emparentado con los Castriota y con los Gonzaga, pertenecía Francesco Carafa <sup>2</sup>, para el que la fidelidad hacia el gran monarca de España constituyó su religión política.

Esta religión política se correspondía totalmente en él con la eclesiástica, caracterizada por: la rígida ortodoxia, la observancia del catolicismo en su forma post-tridentina, la intolerancia y el odio a los herejes, el culto supersticioso a los santos, la creencia y la fe en los milagros, y el fervor con que se apoyaba tanto a sacerdotes y frailes como a sus instituciones. En un viaje que, siendo muy joven, hizo por Europa, se alojó en una fonda de Estrasburgo en la que se hallaban algunos caballeros herejes. Oyendo a uno de ellos una blasfemia contra la Santa Virgen, le arrojó un candelabro de metal a la cabeza causándole la muerte, defendiéndose seguidamente con la espada contra los restantes hasta que un golpe de alabarda le mantuvo inmovilizado a la pared. Herido de este modo, fue puesto bajo arresto, y mal le hubieran ido las cosas si el duque de Sassonia no hubiese intercedido por él <sup>3</sup>. En su feudo de Soriano en Calabria, se hallaba un convento de dominicos en cuya iglesia se veneraba, sobre el altar mayor, una imagen de Santo Domingo que una cohorte de ángeles había traído volando del cielo en 1530: constituía una fuente de grandes ganancias y de inmensas riquezas que eran acumuladas por aquellos hermanos <sup>4</sup>. El duque de Nocera declaró que debía su salvación a este Santo Domingo de Soriano, objeto de sus invocaciones, cuando, herido en una playa africana, fue abandonado por sus soldados y estaba a punto de caer en manos de los moros que le hubieran hecho pedazos. Al mismo santo declaró deber la vida de su propio hijo enfermo; éste mismo hijo, a punto de morir y desesperándose porque se creía condenado, fue transportado en espíritu al infierno donde lo fue a buscar Santo Domingo de Soriano y, merced a sus reconversiones, logró que se arrepintiese, recibiese los preceptivos sacramentos y que muriese en paz. El duque de Noce-

<sup>1</sup> Reumont hace de esta familia el punto de referencia de su libro sobre la historia de Nápoles: *Die Carafa von Maddaloni* (Berlín, 1851).

<sup>2</sup> Para este linaje véase a Aldimari en su *Historia genealógica della famiglia Carafa* (Nápoles, 1691), pp. 234-63.

<sup>3</sup> Aldimari, *op. cit.*, pp. 246-47, y Filamondo, *Il genio bellicoso de Napoli* (Nápoles, 1694), pp. 256-57.

<sup>4</sup> Hay una abundante literatura sobre esta imagen milagrosa: Agostino di Soriano, *Raccolta dei miracoli di San Domenico in Soriano* (Nápoles, 1600); A. Lembo, *Cronaca del Convento di San Domenico in Soriano* (Soriano, s. f.; Mesina, 1687); Pio Vendendyck, *Disquisitio historica de celebratissima toto catholico orbe Sancti Dominici ordinis predicatorum fundatoris imagine apud Sorianum Calabriae ulterioris oppidum religiosissime culta* (Roma, 1746).

ra recompensó las gracias recibidas de tan gran protector con abundantes regalos: collares de perlas, cinturones de rubíes y adornos de oro de centenares y centenares de escudos. Cuando el cardenal Fernando de Austria le otorgó la bandera insignia del regimiento del conde de Horn, por la importante participación que había tenido en la preparación de la victoria de Nördlingen, él la envió a su iglesia de Santo Domingo de Soriano para que fuese conservada por el santo como algo que le correspondía por derecho <sup>5</sup>.

Sin embargo, no se puede inferir por estas toscas creencias a las que era fiel que el duque de Nocera fuese tan solo un hombre de armas, valiente y capacitado para el combate, diestro en todas las prácticas de caballería, tal y como lo elogiaban sus contemporáneos, sin excluir la caza del toro, en la que, cuando lo requirió la ocasión, supo cortar de un solo golpe de daga la cabeza de un toro enfurecido <sup>6</sup>. No permaneció ajeno al mundo de la cultura: cultivó las letras y, siendo joven, viajó para instruirse a varias ciudades de Italia y regiones de Europa; y cuando en 1611 apareció en Nápoles la Academia de los Ociosos <sup>7</sup> —la primera después de la supresión de las academias napolitanas, afectuada setenta años antes por el gobierno español, a causa de sospechas políticas y religiosas—, Francesco Carafa se contó entre sus socios y en ella leyó sus poemas, dos de los cuales, dos sonetos en lengua española, encontré y publiqué ya en otra ocasión <sup>8</sup>. No conocía el mundo de la política sólo por la experiencia de la guerra o por razón de negocios: había estudiado a los teóricos y a los historiadores, en especial a Tácito, autor que por entonces hacía escuela. La autoridad de Tácito, así como una gran erudición histórica, está presente en una carta o declaración política que dirigió a Felipe IV desde Zaragoza el 6 de noviembre de 1640, siendo virrey de Aragón <sup>9</sup>. Baltasar Gracián, al que por aquel tiempo tenía a su lado, lo admiraba y exaltaba por este saber que poseía, y le dedicó *El político Fernando* (1640) <sup>10</sup>, un breve libro (siendo quizá su forma primitiva una conferencia dada por Gracián en una academia de Zaragoza en presencia

<sup>5</sup> Aldimari, *op. cit.*, p. 251; Filamondo, *op. cit.*, p. 263.

<sup>6</sup> Aldimari, *op. cit.*, p. 254; Filamondo, *op. cit.*, p. 269.

<sup>7</sup> Ver en torno a ésta a C. Minieri Riccio, *Cenno delle accademie di Napoli* (en *Arch. st. nap.*, V, 1880, pp. 148-49). En el rarísimo poemilla de I. P. ab Alexandro, I. C. Galatei academici Ociosi, *Academiae Ociosorum libri III* (Neap., Gargani et Nuccii, 1613), en la dedicatoria al virrey conde de Lemos se dice lo siguiente: «Politiores litteras iam diu silescentes ac ferme profugas, felicissime adventu tuo ad nos revocasti... Hinc Ociosorum toto orbe celeberrima Academia te adventante consurgit...».

<sup>8</sup> *Saggi sulla letteratura italiana del seicento* <sup>3</sup> (Bari, 1948), p. 153; ver también *La lingua spagnuola in Italia* (Roma, 1895), p. 38. [cfr. con estas *Aneddoti*, I, pp. 445-46].

<sup>9</sup> Esta carta, editada en 1644 en la memoria de la defensa a la que me refiero más adelante, fue reimpressa en el *Memorial histórico español*, t. XXI (que no he podido consultar), y señalada por Morel Fatio en el *Bulletin hispanique*, XII (1910), p. 332.

<sup>10</sup> Véase esto en *Obras de Lorenzo Gracián* (Barcelona, 1700), Vol. II, pp. 404-37. [De la edición de *Obras completas* de Gracián realizada por Arturo del Hoyo (Aguilar, Madrid, 1967), ver pp. 38-71 (N. del T.).]

de Carafa<sup>11</sup>) que pertenecía al género literario cultivado en Italia por Virgilio Malvezzi, maestro de Gracián<sup>12</sup>, en el que el nombre de un personaje histórico —en este caso el rey Fernando el Católico— servía de pretexto para dar unidad a una colección de máximas. «No tanto cuerpo de su historia, cuanto alma de su política, no narración de sus hazañas, discurso sí de sus aciertos, crisis de muchos reyes, que no panegiris de un solo», declaraba el autor al duque de Nocera, al que llamaba su «Mecenas y maestro», atribuyendo la propia obra, tal y como decía, «a la magistral conversación de Vuestra Excelencia, lograda de mi observación»<sup>13</sup>.

Su gravedad, ardor religioso, cultura y saber no lo preservaba por lo demás de ciertas prácticas que nosotros tenemos por malas costumbres, pero que en aquel entonces no parecían tales; como aquella que compartía con los más distinguidos barones de Nápoles: la protección a bandidos y a otros malhechores para recibir a cambio ciertos servicios. Diego Duque de Estrada lo menciona junto con el duque de Maddaloni, el príncipe de Bisignano y el príncipe de Colobrano como uno de los que le habrían prestado o le habrían podido prestar ayuda cuando, como él mismo cuenta, se unió a una compañía de salteadores<sup>14</sup>; testimonio que, por lo que se refiere a su disposición de ánimo y a su comportamiento, encuentra confirmación en el relato de un cronista: que en 1622, el duque de Nocera trató de librar del patíbulo a un bandido que había cometido cincuenta y un asesinatos para que cumpliera inmediatamente una venganza: cortar la cabeza a cinco desdichados refugiados en una iglesia<sup>15</sup>. En cuanto a sus hijos naturales, parece que el duque de Nocera siguió también el ejemplo de su santurrón soberano español; no obstante, hay que decir a continuación que sus hijas se hicieron monjas y sus dos hijos rivalizaron con el padre en el servicio al rey y en la proeza militar; uno, don Gurrello, murió en el asedio de Porto Longone, y el otro, don Emmanuele, después de haber hecho campañas militares de 1639 a 1647 en Cataluña, de 1647 a 1649 en Nápoles, en 1650 en Porto Longone y de 1660 a 1665 en Portugal, cayó en combate en este

<sup>11</sup> A. Coster, *Baltasar Gracián* (New York-París, 1913), p. 132). [Ricardo del Arco Garay ha traducido este libro (introducido inicialmente en la *Revue Hispanique*, XXIX) en CSIC, Zaragoza, 1947 (N. del T.)].

<sup>12</sup> Injustamente, a nuestro parecer, es mucho más conocido y estimado Gracián, dejando totalmente en el olvido a Malvezzi, personaje célebre en aquellos tiempos en el que se encuentran aforismos políticos y morales de mérito no inferior a los de Gracián; véase lo que he dicho al respecto en los *Nuovi saggi sulla letteratura italiana del seicento*<sup>2</sup> [Bari, 1931?], pp. 45-109, y la selección de sus pensamientos que he ofrecido en el volumen *Politici e moralisti del seicento* (Bari, 1930).

<sup>13</sup> Obras cit., II, 404. [Obras completas, cit., p. 39a (N. del T.)].

<sup>14</sup> *Comentarios del desengañado* (Madrid, 1860), p. 239. Sobre el duque y sobre el carácter novelesco de su autobiografía, en la que por otra parte no se excluye la veracidad de las descripciones de las costumbres, ver Croce, *Vite di avventure, di fede e dio passione*<sup>2</sup> [s. l., s. f.], pp. 331-60.

<sup>15</sup> Guerra, *Diurnali*, ed. Montemayor (Nápoles, 1891), p. 140.



último país en desdichado intento de recuperación de las armas españolas que protagonizó el marqués de Caracena <sup>16</sup>.

Para servir al rey, Francesco Carafa derrochaba todos sus bienes y vendía sus mejores tierras; y así llegó a armar a su costa a mil quinientos caballos cuando fue capitán general de la caballería napolitana en Lombardía, y en

<sup>16</sup> Aldimari, *op. cit.*, pp. 260-63; Filamondo, *ob. cit.*, pp. 196-206, en la que se da una singular biografía de Emmanuele con un retrato.



1639, hizo que su hijo reclutase del mismo modo a mil doscientos infantes, lo que supuso un gasto de más de trescientos mil ducados<sup>17</sup>. Su padre le había dejado una deuda de seiscientos mil ducados, razón por la cual se vio obligado a tratar de recuperarse económicamente mediante ricos matrimonios. En 1614 se casó en secreto con Anna Pignatelli, hija del duque de Monteleone, en contra de la voluntad del padre de ella y desobedeciendo al virrey, razón por la cual la esposa fue recluida en un monasterio y él tuvo que exiliarse; no obstante, en 1616, ya con un nuevo virrey, hizo con su esposa una entrada solemne en Nápoles acompañado de una cabalgata de trescientos caballeros de la más selecta nobleza<sup>18</sup>. Cuando quedó viudo, fue uno de los muchos señores napolitanos y extranjeros que pretendían la mano de Anna Carafa, princesa de Stigliano<sup>19</sup>, la más rica heredera del reino que después tocó en suerte al sobrino del conde-duque, el duque de Medina las Torres, nombrado en razón de este matrimonio virrey de Nápoles. El duque de Nocera se casó poco después con la princesa viuda siciliana Giovanna Ruffo; sin embargo, continuando con sus fastuosos gastos políticos, arruinó no solamente su patrimonio, sino el de su mujer, condenándola a grandes estrecheces<sup>20</sup>.

En 1611, yendo voluntario a África a la expedición de la isla Kerkena, junto a la costa tunecina, se salvó, si no por un milagro de Santo Domingo de Soria, como él creía, sí por un gran favor de la fortuna. Solo y rodeado por moros no quiso verse prisionero, se defendió y fue herido en numerosas partes del cuerpo hasta que su caballo, cambiando de sentido en la carrera, lo condujo de nuevo entre los cristianos; allí, puesto sobre una mesa y debilitado por la sangre perdida, por poco no vuelve a caer en manos de los moros que habían reanudado el asalto<sup>21</sup>. En los años siguientes, se presentó para organizar la

<sup>17</sup> Aldimari, *op. cit.*, 243.

<sup>18</sup> Guerra, *Diurnali*, cit., p. 94; Zazzera, *Giornali*, en *Arch. stor. ital.*, Serie I, Vol. IX, p. 485. Basile [Ode, Nápoles, 1627, pp. 118-21] le dedicó una oda por aquel exilio causado por razones matrimoniales:

Si del cielo se te ha dado  
hacer de sí noble prenda en otorgada tierra,  
ármase el mismísimo Hado,  
uniéndose a tus propios daños el enemigo y fiera  
que desdeñó la envidia que mezcla era.  
Que no sea por ganas  
de aquel que, teniendo Amor, a otros desata.

Las cartas del duque y de la duquesa de Nocera de julio y agosto de 1616, que tienen en cuenta estas travesías matrimoniales, y que están dirigidas al padre teatino Andrea Gastaldo, se hallan en la Bibli. Nac. de Nápoles, mss. San Martino, nn. 427, 429.

<sup>19</sup> Bucca, *Giornali*, en *Arch. stor. nap.*, XXXVI, 156-7 (bajo la entrada, nov., 1629).

<sup>20</sup> Capecelatro, *Annali* (Nápoles, 1849), p. 153.

<sup>21</sup> *Relación*, publicado como apéndice a Fernández Duro, *El gran duque de Osuna* (Madrid, 1885), pp. 262-68, y Filamondo, *op. cit.*, pp. 257-58. Hay una carta del virrey duque de Osuna a Felipe III, en la que dice haber agradecido al duque de Nocera los servicios prestados al rey en la batalla de Las Querquemas, en la *Colección de docum. inéd. para la Historia de España*, XLIV, 271.

defensa de las costas calabresas contra las armadas turcas y venecianas, ocupándose del alojamiento de las tropas de infantería. El mismo Cervantes, en el *Viaje del Parnaso* (1614), lo ensalzaba como «luz y guía del arte militar»<sup>22</sup>. Más tarde, en 1625, estaba en el asedio de Breda con Ambrogio Spinola. En 1628, sirviendo en el ejército de Lombardía, siempre como voluntario, tuvo el mando de la caballería napolitana, con la que participó en el asedio de Casal; se conserva una carta dirigida al duque de Caivano en la que se habla del valor de aquélla, y en particular, de su capitán Gerardo Gambacorta<sup>23</sup>. En 1630 fue nombrado por el rey Felipe IV maestro de campo general en Lombardía, Piamonte y Monferrato; y en Lombardía estaba todavía en 1633 en el cuerpo de tropas napolitanas, compuesto por ocho mil infantes, mil caballos y catorce cañones, como maestro de campo de batalla, es decir, como jefe del estado mayor del general Andrea Caracciolo, marqués de Torrecuso, cuando el cardenal infante Fernando, que concentraba en Innsbrück sus fuerzas, llevó consigo ese contingente napolitano. El duque de Nocera fue enviado por el cardenal en misión oficial al rey de Hungría para pedir refuerzos para la inminente batalla que se iba a librar contra Bernardo de Weimar y los suecos y que después fue conocida como la famosa batalla de Nördlingen. En el primer enfrentamiento, el 5 de septiembre, los suecos tomaron cierta ventaja; pero, en la noche del 5 al 6, el duque de Nocera, después de haberse desplazado para examinar el montículo conocido como Arensburg, y encontrándolo poco guarnecido, aconsejó ocuparlo con un número superior de fuerzas y convertirlo en un centro de resistencia. Consejo que, al ser efectivamente seguido con el envío de más tropas y el establecimiento de trincheras que preparó el ingeniero militar de campo napolitano, el padre jesuita Gamaia, fue considerado como la razón principal de la victoria obtenida al día siguiente, en la que destacó la intervención de la caballería napolitana bajo el mando de Gambacorta<sup>24</sup>.

El duque de Nocera acompañó al cardenal infante a Bruselas, quedándose en Flandes algunos años. Y cuando hacía poco que había regresado a Nápoles y había vuelto a abrir su bello palacio cercano a la iglesia del Ospedaletto y a su villa de Posillipo, creando una corte junto a su nueva esposa, Felipe IV, impresionado por la reputación que se había ganado de capacidad militar y de prudencia política, lo llamó a España para asuntos de guerra y de gobierno. Hacia finales de 1636, el rey lo nombró capitán general de la provincia de Guipúz-

<sup>22</sup> Croce, *Saggi* cit., pp. 151-53.

<sup>23</sup> Filamondo, *op. cit.*, pp. 259-66.

<sup>24</sup> Véase sobre este punto a G. Garignani, *Le truppe napoletane durante la guerra dei trent'anni* (Florenia, 1888; extr. de la *Rass. naz.*), pp. 10-12; y Filamondo, *op. cit.*, pp. 261-64. En la relación española de la batalla, publicada por Cánovas del Castillo en *Estudios del reinado de Felipe IV* (Madrid, 1889, II, 425), aquello se confirma: «...Halló que estaba el duque de Nocera haciendo relación a Su Alteza y al Rey de Hungría, con los marqueses de Leganés y Balbases, del reconocimiento que había hecho en la colina, por lo cual se deja entender le habían enviado a ello, el cual fué bueno, y de parecer se reforzase con más gente».

coa<sup>25</sup>, lugar a donde se traladó en enero del siguiente año, dando aviso inmediatamente de la escasez y debilidad de las fuerzas que allí había para defender los límites de Navarra contra los franceses y obtener más hombres y armas. Después se ideó el plan de pasar de la defensa al ataque para dividir y distraer a las fuerzas francesas de Flandes y de Italia; con esta finalidad llegó a Barcelona, en junio de 1647, el conde milanés Giovanni Serbelloni, que debía actuar conjuntamente con Nocera y penetrar en Francia por Perpiñan. Sin embargo, al profundo deseo del conde-duque de ver cumplida esta operación militar, no correspondieron los acontecimientos, ya que en septiembre, Serbelloni fue rechazado y Nocera, cuidándose cautamente de exponer a un desastre las fuerzas de que disponía, insuficientes en número y abatidas por la epidemia, tuvo que limitarse a realizar escaramuzas. Se le echó la culpa de aquellos acontecimientos, dando origen a la absurda murmuración nada menos que de su entendimiento con Francia<sup>26</sup>, lo que le hizo perder el favor de la corte, en donde vio cómo se erizaban obstáculos a su ambición y a la esperanza que se le había dado de ser grande de España. No obstante, finalizadas las pesquisas sobre su proceder, Nocera conservó (como escribía el embajador veneciano Contarini desde Madrid el 23 de octubre de 1638) «su honor y quedó libre de las imputaciones que se le hacían por la retirada de San Juan de Luz, haciendo constatar que fue en gran servicio de Su Majestad el haber conservado el resto de aquellas escasas tropas, y volvió a ser bien visto en la corte»<sup>27</sup>. Hasta tal punto fue bien acogido y universalmente estimado que en julio de 1639 fue investido virrey de Aragón; a lo que no tardó en seguir la concesión del toisón de oro y el ansiado título de grande de España<sup>28</sup>. En 1640, se le confió con el mismo grado de virrey el gobierno de Navarra, a la que puso en estado de defensa. Sin embargo, la sublevación de Cataluña hizo que se le reclamara para el cargo que había ocupado en la vecina Aragón, que se había convertido en un enclave de especial sensibilidad y de gran peligro.

<sup>25</sup> Para estas informaciones, *Epistolario español*, ed. Ochoa (en la Bibl. Rivadeneyra, Volumen LXII), II, 313, 321, 335.

<sup>26</sup> Extraños particulares referidos por Capecelatro, *Annali*, pp. 77, 153.

<sup>27</sup> Los extractos de los despachos de los embajadores venecianos en Madrid (Giustinian, Contarini y Sagredo) de 1636 a 1643, me han sido facilitados por mi amigo Fausto Nicolini; las informaciones allí contenidas me han valido de mucho, sirviéndome ahora para estos rasgos de la vida de Nocera.

<sup>28</sup> Así fue declarado en 1640 en el día de la Epifanía, junto con el duque de Tursi, que también había dado dinero y construido a su propia costa regimientos para la guerra. Capecelatro (*op. cit.*, p. 139), que no era con él muy benévolo, pone como fin de todas sus penalidades, y razón de la ruina económica de su casa, la consecución de la grandeza de España, llegando a llamar al duque de Nocera «hombre vanidosísimo, aunque persona valiente y encantadora». Sin embargo, el curso mismo de su vida política y militar, conformada por los ideales que habíamos descrito, confluía con aquel curso de honores; separar, como se suele hacer en estos casos, las dos corrientes, y hacer de la menos noble el móvil de la más noble, cae dentro de una interpretación vulgar que, de cualquier modo, no presenta ningún interés histórico.



Son más que conocidas las condiciones de la España de aquel entonces que Baltasar Gracián, en su libro dedicado a Nocera, ponía en contraste con las de Francia, diciendo respecto a ésta que «la uniformidad de leyes, semejanza de costumbres, una lengua y un clima, al passo que lo une en sí, lo separan de los estraños», mientras que «en la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, assi como es menester gran capacidad para conservar, assi mucha para unir»<sup>29</sup>. Por todas partes se le ponían ante los ojos del rey de España los documentos, privilegios y costumbres particulares, parlamentos e instituciones de los distintos territorios de la península, con la consecuencia de que el mayor peso financiero de la costosa política española recaía sobre la extenuada Castilla, cuyas defensas constitucionales habían sido derogadas por Carlos V. ¿Quién podría, pues, echar toda la culpa a Felipe IV y a su ministro, el conde de Olivares, que procuraban eliminar esta dañina e inicua desigualdad y unificar legal y tributariamente el reino? ¿Y quién podría darle toda la razón a las comunidades que defendían sus derechos particulares, a los que llamaban sus «libertades», cuando ciertamente no eran sino más bien privilegios y residuos del individualismo y de la anarquía medieval? Hay que decir que, en cierto sentido, la libertad moderna es más afín a las igualadoras monarquías absolutas que aquellas viejas instituciones a las que ningún espíritu nuevo reanimaba y devolvía su valor, tal y como sucedió en aquel siglo sólo en Inglaterra. Pero por otra parte, el gobierno de la monarquía española, pésimo en la administración financiera, incapaz de tomar iniciativas, aunque competente y eficaz para arruinar la economía del país, la agricultura, la industria y el comercio, empeñado en guerras quijotescas, parecía justificar y convertir en obligadas y naturales aquellas viejas resistencias, careciendo tanto de autoridad como de fuerza para llevar a cabo la unificación que se requería; por lo que, como le suele pasar al que siente la propia debilidad, recurrió a la violencia o a la amenaza de violencia, provocando por doquier desconfianzas, disturbios, rebeliones abiertas, e incluso, intervenciones extranjeras, como en este caso, perdiendo provisionalmente Cataluña y Nápoles, y definitivamente Portugal y el Rosellón, sin conseguir en absoluto el objetivo de equiparación y unificación que se había propuesto.

Traducción de Alfonso Moraleja  
revisada por Tomás Pollán

<sup>29</sup> El político Fernando, en Obras, ed. cit., II, 406. [En Obras completas, cit., p. 41a (N. del T.)].